

\* \* \*

*El hombre y la soledad en las tierras magallánicas* es la imagen del paisaje a cuya delectación contemplativa se entrega un espíritu que está acostumbrado a reprimir sus efusiones. Melfi, en cuanto crítico, se abstiene de hacer literatura sobre literatura. Cuando juzga, libros, demuestra poseer capacidad para la apreciación objetiva, sin caer en dogmatismos de escuela. Uno de sus cuidados al pronunciarse sobre las producciones ajenas, consiste en no desvirtuar la reflexión crítica y, sobre todo, la parte de interpretación intuitiva que le es inherente. Melfi toma precauciones para no aguar con inoportunas interferencias subjetivas el razonamiento y el planteo de sus exámenes documentados. Pero en el libro que nos ocupa, Domingo Melfi renuncia por un instante a confrontar profesionalmente las versiones literarias con la realidad: ahora ofrece la suya y la somete al dictamen de los demás.—LUIS EMILIO SOTO.



SANTIAGO Y SUS ÉSCRITORES: «Estampas del Nuevo Extremo», por *Ricardo A. Latcham* y «Tradición y leyenda de Santiago», por *Antonio Roco del Campo*

Las fiestas que conmemoraron el IV Centenario de Santiago se han alejado hace bastante tiempo. La efervescencia de todo orden que ellas removieron perdurará sin embargo, por varios motivos. Entre ellos nos preocupa por ahora fijar en un panorama rápido, cómo el conocimiento de la historia de Santiago, su pasado total y su evolución magnífica, incitó y promovió varias empresas histórico-literario, que si no abundaron como se esperaba, hubo algunas destacadas y otras que llegaron con oportunidad, para satisfacer en parte ese conocimiento. Fuera

de las ediciones especiales de los diarios y periódicos, de algún «libro oficial», no estaría de más anotar sumariamente esta contribución de los escritores e historiadores de Santiago. En primer lugar habría que mencionar el valioso libro que le dedicó al Cabildo de la ciudad colonial, don Julio Alemparte. Apareció por este tiempo también, el primer tomo de la «Historia de Chile», de don Francisco A. Encina que contiene valiosos capítulos con una novedosa interpretación de la historia de los orígenes y primeros pasos de Santiago del Nuevo Extremo. Vendría en seguida una obra capital sobre uno de los más grandes gobernadores y tenaz propulsor de los adelantos urbanos de la ciudad del Mapocho: don Ambrosio Higgins, así, sin la O' de estirpe irlandesa y aliviado de todo el peso de la leyenda que le ha quitado de encima don Ricardo Donoso, el autor de este libro. En «Los orígenes del arte musical en Chile», de don Eugenio Pereira Salas, hallamos una valiosa documentación sobre la sociedad y las costumbres artísticas de los habitantes de Santiago, en la Colonia y parte del XIX. Y, finalmente, anotaremos como remate dos antologías, a las que nos vamos a referir en especial más adelante: una, «Estampas del Nuevo Extremo», de Ricardo A. Latcham y «Tradición y leyenda de Santiago», la otra, por Antonio Roco del Campo (1).

Una vez más nuestro temperamento histórico hace galas de no agotarse y renace con nuevo empuje después de la inmensa tradición que pesa sobre la historiografía nacional.

Estas dos recopilaciones que coincidieron en intento, oportunidad y manera de realización, recogen una visión antológica de la ciudad capital, desde los cronistas primitivos hasta los modernos, pasando por los imponderables viajeros. Tarea que a primera vista puede parecer fácil, pero que está llena de esco-

---

(1) Lamentamos que la hazaña del fundador Valdivia no haya tenido en el marco de un libro valioso el lugar que le corresponde. Hace una excepción, en cierto modo, la biografía del escritor peruano Luis A. Sánchez.

llos, que no se pueden salvar sino después de una selección hecha con mesura, buen gusto literario y método selectivo, para dar a lo fragmentario una constitución hilvanada, en lo posible, sobre los distintos y complejos aspectos de la historia de Santiago. Sin esa selección primordial se nos brindará sólo un cantón de páginas muertas, un gran almanaque de curiosidades, tan pronto olvidado, si no se sabe sortear debidamente el abigarramiento de los temas y la calidad de los escritores.

Indudablemente estas dos antologías no tienen antecedentes en Chile, aunque sí en otros países americanos. Recordamos una hecha en México, por Artemio de Valle-Arizpe: «Historia de la ciudad de México a través de sus cronistas», que es un modelo en esta clase de antologías.

Bien. Para hacer un juicio imparcial y justo de ambos libros es necesario conocer el plan que se propusieron sus respectivos autores y cómo lo realizaron. Esto es indispensable, y no se nos tachara de mal informados o de ánimo torcido, ya que todo lo que digamos en nuestra crítica, y que no concordara con los puntos de vista de los recopiladores y el nuestro, estará siempre confirmado por los propios propósitos que han estampado antes de dar comienzo a sus obras.

Don Ricardo A. Latcham, sobre el cual no hay necesidad de insistir en su reconocida labor intelectual, expresa en un lato prólogo que «pretende reunir el testimonio de los diversos escritores que se han ocupado en su descripción desde los primitivos e ingenuos cronistas hasta los más modernos evocadores de su alma colectiva».

Don Antonio Roco del Campo, escribe que su «propósito fundamental» es «propender al mayor conocimiento de la historia de Santiago».

Ya tenemos clasificado estrictamente, entonces, ambos propósitos. El autor de las «Estampas del Nuevo Extremo» pretende reunir el testimonio de los evocadores del alma colectiva de la ciudad, y el autor de «Tradición y leyenda de San-

tiago» lo guía la laudable tarea de dar a conocer la historia de Santiago.

Aquí habríamos detenido nuestra crítica ante tan prometedores augurios, contentándonos después con un ligero repaso, por encima, de los libros, sin ir más allá de las tapas, y consiguiendo después nuestro parecer con esas palabras laudatorias e infladas, en plena euforia de los festejos centenarios en que viven muchos y que seguirán viviendo si las fiestas tienen una segunda etapa. — Nosotros buscaremos otro camino, aunque ingrato, que lo afrontaremos resueltamente, pensando que así cumplimos con honradez. Y esto es lo principal.

El libro del señor Latcham se abre con un extenso prólogo, como dijimos, escrito desenvueltamente en un estilo de crónica periodística de buena ley, sin demasiada elegancia, eso sí, que nos describe sinópticamente la evolución de Santiago, incidiendo en sus relatores y descriptores, pero todo apenas profundizado, sin calar ciertos aspectos, dejando en la sombra muchos y deteniéndose con delectación detallista, por ejemplo, en los prostíbulos famosos de Santiago de principios del XX. No vemos la razón que ha tenido el señor Latcham para involucrar esto en su prólogo, y conste que no lo decimos con ánimo moralizante, líbrenos Dios, sino sólo para hacer notar una falta de proporción, y más aún una desviación, en el cuadro que quiere pintarnos el señor Latcham como el alma de la ciudad, cuando sobre otros aspectos que la describen y especifican de más importancia, apenas pasa rozando.

La recopilación misma empieza con unos fragmentos de las Cartas de Pedro de Valdivia, cortísimos, por lo demás, en la forma que les ha dado el recopilador: exiguidad que no se merecían estas interminables cartas del Fundador, cuanto sabrosas de lenguaje, que dirigía a la Cesárea Majestad de Carlos V. Cartas que son también la verdadera portada de nuestra historia; uno de los pocos relatos director de la fundación y pri-

meros avatares de la conquista, en fin, documentos únicos por todos motivos, como las célebres «Cartas de relación» de Cortés.

Tan preciosos como las Cartas del Capitán extremeño son los relatos que nos han dejado otros cronistas que acompañaron a Valdivia y fueron testigos presenciales de la fundación: Alonso de Góngora Marmolejo y Mariño de Lovera, que «ora la pluma en la mano, ora la espada», como dice Ercilla, nos han transmitido, con un acento áspero y vital, la fisonomía rudimentaria del campamento. Es una lástima también la parca selección que ha hecho el autor de las «Estampas» de estos escritores. De Góngora Marmolejo ha espijado la pequeña y conocida semblanza de Valdivia. De Mariño de Lovera también un mínimo fragmento de su Historia. Y esto es todo lo que contiene la primera parte que se titula «El siglo XVI». Si el lector quiere conocer otros aspectos de la fundación y, más aún, sobre el mismo Valdivia, puede recorrer las 400 y tantas páginas que componen la antología y fracasará por completo, porque no encontrará nada. En el límite de esta exigua primera parte habríamos querido ver, sin exigir mucho, un desarrollo más amplio, y era necesario, de esta fecha máxima que recordamos y de la figura y hazaña de Valdivia, no ya a través solamente de la visión unilateral de los cronistas, sino también a través de la versión de los escritores posteriores: Barros Arana, Errázuriz, Vicuña Mackenna, Amunátegui, etc. Esta es una falla imperdonable.

Viene en seguida la parte que titula «Los siglos XVII y XVIII», con trozos seleccionados de los cronistas de ese tiempo. Ya el panorama es más extenso, aunque siempre de poca variedad, y novedad con algunas excepciones. Están los debidos escritores, los que han dado lustre a ese período, con su prosa que a las alturas de nuestro tiempo nos parecerá ingenua, a veces, en sus interpretaciones teológicas y milagreras, pero que son exponentes genuinos de la época y del sentir colonial. Son castizos y sabrosos, algunos; preciosistas y de hueco concepto en sus descripciones, otros. Han dejado atrás el rudo lenguaje castrense

de los cronistas del siglo XVI. Así el imponderable Padre Ovalle o Rosales o Gómez de Vidaurre y en las postrimerías del siglo XVIII, Pérez García y otros más. Casi todos visten el hábito fraileroy sus Relaciones de este Reino de Chile participan tanto de la historia eclesiástica, como de la civil y militar, con más relieve, en muchos cronistas, de aquélla.

Estos testimonios de la ciudad colonial son inapreciables y su rescate de los polvorientos infolios comidos por el tiempo, a la accesible «Colección de Historiadores» se lo debemos a Amunátegui, a Barros Arana, al infatigable Medina y a otros. De ahí, incorporarlos a la antología para hacerlos gustar al lector atareado y negligente de hoy día, había un paso, pero difícil en cierto modo, que si no se salvaba con un seguro tino selectivo se caía en la repetición empalagosa y en la monotonía irremediable. Y también en esto, lástima es decirlo, el señor Latcham no ha andado muy acertado. ¿Por qué darnos una repetición de lo exterior, de las trazas de las calles, de la situación de las iglesias, con algunas excepciones, nada más, de Santiago, desde Alonso de Ovalle hasta terminar con Pérez García? ¿Representa esto solamente el alma colectiva que busca el señor Latcham? Lo dudamos.

El lector—y con este criterio estamos juzgando, de simple lector—no verá aquí más que una imagen inmóvil, que dura tres siglos, con alguno que otro destello, con uno que otro atisbo que lo hace sobresaltarse y decirse: aquí está sucediendo algo. Si el señor Latcham quiso estampar exactamente, físicamente, digamos, la atmósfera de Santiago colonial en la imaginación del lector, lo ha conseguido admirablemente: pero de ¡qué modo!: produciendo el hastío.

En la primera página de su antología coloca el autor este acápite: «Este libro se publica auspiciado por el Alcalde de Santiago...». El autor siquiera como una retribución y homenaje que debía a la Municipalidad habría debido escoger algo sobre los antiguos Cabildos. El lector podrá revisar detenidamente las

«Estampas» y no encontrará nada. Habría bastado por ejemplo, para salvar esta omisión, con seleccionar algunas Actas del cabildo, que algunas las hay llena de evocación, con todo el carácter de estampas, si así prefiere el señor Latcham.

En fin, la colonia que nos presenta el recopilador es de una pobreza temática que llama la atención, a pesar de la tremenda complejidad que ese período encierra. La figura humana está escamoteada, casi por completo, fuera uno que otro trazo picaresco y galante del Gobernador Meneses, no asoma la figura grande que llena una época en los adelantos urbanos: don Ambrosio Higgins, tal como lo describe su contemporáneo, y enemigo, Carvallo y Goyeneche o Pérez García.

La tercera parte está dedicada a los viajeros del siglo XVIII y de la Independencia. El solo título promete una fiesta. Pues los viajeros con esa visión foránea en contraste con la criolla, estrecha, monarquista y catolizante, nos ofrecen un redescubrimiento de esa mentalidad colonial. A través de estos viajeros Frezier, Vancouver, Byron, a fines del siglo XVIII, y más tarde María Graham, Johnston, Haigh, Ruschenberger, etc., obtenemos una nueva interpretación de las costumbres y la vida social en general. De estos relatos se desprende la historia viva y colorida, a veces falseada en sus detalles, pero valiosísima en fin.

El apresuramiento en la selección que hemos venido anotando, de la manera más sumaria posible, en toda la antología del señor Latcham parece que culmina aquí. La imagen que nos dan los viajeros tal como nos la presenta el recopilador es la misma que vieron los cronistas anteriores: siempre una descripción externa de la ciudad. Habría bastado buscar con más atención en estos relatos de viajes, la nota más profunda que la hay, lo que caracteriza en contraste la sociedad ante nuevos ojos, lo que la defina ampliamente. Era eso lo que nos interesaba. No el balance monótono de edificios e iglesias que nos ofrecen los viajeros españoles Juan y Ulloa, que por lo demás no visitaron Santiago y su relación es de segunda mano.

Con los viajeros de la Independencia sucede igual cosa: apresuramiento y repetición fastidiosa. Por ejemplo: de la notable viajera María Graham que escribió uno de los libros más interesantes, con decir que es una especie de crónica íntima de la administración de don Bernardo O'Higgins, nos ofrece el señor Latcham un corto trozo que titula: «Santiago en 1822»; pero esto no sería nada, pues al leer el trozo creyendo que se trata de un cuadro general de la época o una síntesis, se encontrará que no es más que la descripción de una casa santiaguina y la vida doméstica de una jornada ordinaria... Aun esto no es todo. Pocas páginas más allá se nos vuelve a presentar la misma descripción tal como la pinta otro viajero, casi por la misma época, el francés Lafond du Lucy. Como si esto no fuera ya bastante todavía otras páginas más adelante nos encontramos con la misma casa colonial de marras, descrita por Basilio Hall. Repetición y más repetición inútil.

Santiago en ese tiempo, así se desprende de esta selección de viajero, parece que ha vivido en una paz idílica, sin que nada haya sucedido en esta sociedad, sin que nada hubiera modificado esa alma que el señor Latcham pretendía descubrir a través de sus evocadores. Porque Johnston, María Graham y los demás no vieron sólo casonas coloniales, bailes y saraos, sino también vivieron y algunos participaron, en un período turbulento, donde se manifestaba el verdadero temple de los santiaguinos. La ciudad era la sede del gran movimiento libertador, o al menos, si alguna vez dejó de serla, donde sucedían trascendentales hechos que producían un cambio profundo en su psicología colectiva e individual. Era eso lo que queríamos ver en esta antología y que no encontramos.

La parte siguiente se titula: «Los costumbristas, memorialistas y novelistas del siglo XIX». El señor Latcham, no hay que desconocerlo, ha hecho aquí un hermoso remozamiento de páginas antiguas y otras que no lo son tanto; ha exhumado algunas poco conocidas como esas de Lastarria que se titulan: «Situa-

ción moral de Santiago en 1858», un verdadero descubrimiento. Esto es excelente, pero en parte. Si la antología hubiera tenido esto por objeto y seleccionar además las mejores páginas de un escritor no habríamos tenido nada que objetar y si que aplaudir, mas no era ese el fin de la antología, sino mostrarnos esos grandes movimientos tanto espirituales como políticos que se han impreso en la evolución de esta gran aldea del siglo XIX, que en estas «Estampas» están ausentes. Esa gran época de renovación se esfuma tras el perfil colonial de la casona o del palacete, de la minucia coloristas, nada más, que abunda y se repite con obstinación. Son sin embargo etapas señeras de la ciudad de Santiago: los primeros adelantos urbanos a raíz de Chañarcillo, la eclosión del romanticismo con sus tipos, la revolución del 51 y más tarde la del 91 y tantos otros sucesos que dan impresionante movimiento a la historia local y que han inspirado a nuestros escritores.

Para qué seguir enumerando nuevas y continuas repeticiones y falta de proporción en la antología del señor Latcham. Para qué decirle que entre los escritores seleccionados del siglo XIX hace falta el testimonio extranjero de Bello y Sarmiento, prolijo y notable cronista de nuestros espectáculos teatrales; para qué decirle cuántos otros escritores del XIX merecían figurar en esta parte: habríamos necesitado tiempo y espacio que no disponemos.

Todo esto habría sido fácil remediar, si el apresuramiento, y ninguna otra cosa, no hubiera impuesto su signo tiránico bajo el cual se ha hecho esta antología. Habría resultado entonces una antología enjundiosa, y mejor planeada, que señalara vigorosamente esa «voluntad de pervivencia», como dice el señor Latcham en su prólogo, y no sólo una imagen que puede ser todo lo pintoresca que se quiera pero que nos ofrece una visión muerta y sin «alma» de la ciudad que ha llegado a ser cuatro veces centenaria.

Ahora toca referirnos a «Tradición y leyenda de Santiago». Si el lector no se ha olvidado, el señor Roco del Campo se propuso darnos a conocer la historia de Santiago. Creemos que este propósito expreso hubiera sido mejor que se callara, ya que un libro de esta naturaleza es a lo único a que debe tender y es lo que interesa. No es más que una frase de relleno, como lo es también el prólogo de esta antología, hueco y palabrero. Habría sido preferible siquiera una reseña de nuestra literatura localista, cómo han interpretado nuestros escritores su ciudad y la explicación del por qué de la pobreza de nuestro localismo literario.

Además hay en el libro que comentamos un manifiesto contrasentido en lo que expresa en este propósito tan meritorio y el mismo título: Tradición y leyenda de Santiago. Entonces ¿en qué quedamos? No puede haber cosa más alejada de la historia, como debe entenderse, que la tradición y más aún la leyenda. Veamos más adelante, entremos en el contenido de la antología, revisemos algunos textos seleccionados, puede ser que nos equivoquemos. Pero no. Con estupefacción vemos que hay trozos, y varios, que no nos enseñan ningún conocimiento histórico, por ejemplo unos flojos versos de Nicanor Parra, titulados: «Discurso de Pedro de Valdivia», que pueden estar muy bien en cualquier florilegio poético, pero no en el marco de esta obra que tiene por objeto enseñarnos la historia de Santiago. Me figuro lo que ganarían, por ejemplo, los escolares en sus conocimientos históricos con semejante semblanza del Fundador.

Pero vamos más adelante todavía. Al pasar el autor de esta antología a la parte que recopila los autores modernísimos, pareció olvidar por completo el «propósito fundamental» y con más razón la «tradición y la leyenda», por cuanto en esta parte se nos describe en estilo de hoy cosas que pertenecen por entero a lo que estamos viendo todos los días, como ser el animado barrio Estación que pinta Edwards Bello o el río Mapocho que canta Pablo Neruda. Ni leyenda, ni tradición, ni historia...

Si juzgáramos con el mismo criterio con que ya lo hicimos al referirnos a la antología del señor Latcham, con cierta inflexibilidad, espero que la comprendan, ésta del señor Roco del Campo tampoco quedaría muy bien puesta analizándola a través del criterio que él se propuso y que no llega a cumplir fielmente en su realización. Pero hay que decirlo que en muchos aspectos la antología del señor Roco sobrepasa a la del señor Latcham en la mayor variedad de los asuntos escogidos, que en las «Estampas» permanecen oscuros o inéditos, así la figura del Conquistador y el papel de los Cabildos que el señor Roco ha sabido poner de manifiesto en la selección de su material, aunque esto último sí muy débilmente.

La variedad hasta cierto punto no salva, sin embargo, a «Leyenda y tradición de Santiago» de caer en lo desmedido, es decir en el abigarramiento y en la mescolanza; lo malo y lo bueno muchas veces aparece junto aquí, y lo que es más grave dejando en la oscuridad lo que verdaderamente nos habría servido para *conocer debidamente la historia de Santiago*.

Como un ejemplo de esta heterogeneidad del material podemos anotar que la versión del incendio de la Compañía se nos ofrece a través de unos sueltos anónimos de los diarios de esa época, cuando existen los testimonios verídicos y literariamente superiores de don Abdón Cifuentes, de R. Subercaseaux en sus Memorias, o la hermosa reconstitución de Daniel Riquelme. En una antología que se subtitula, «histórico-literaria», esto no se puede perdonar.

Hay que agradecerle al señor Roco del Campo que haya seleccionado algunas actas del Cabildo, muy pocas por lo demás. Habríamos querido ver algunas de gran significación y notoriedad. En esta antología campea en su portada a todo color el Escudo de la «muy noble y leal ciudad». La imagen es de por sí ya una enseñanza, pero no bastaba en un libro que quiere instruirnos. Se habría salvado este pequeño detalle ofreciéndonos el acta respectiva del 22 de julio de 1555 en que se hace

entrega del escudo a la ciudad y se describen sus 'colores heráldicos.

Para terminar pensamos que el título y muchas veces el contenido de esta antología llevan en sí el pecado de la concesión desmedida al «gran público» sin tomar en cuenta otras exigencias de más calidad y peso. Según esta manera de interpretar las cosas resulta una evidente quebradura en el valor artístico de la recopilación. Es decir lo mismo que reprochábamos al señor Latcham: demasiada concesión a lo pintoresco que no expresa nada, a la intranscendencia, a la exterioridad, agravado todo, en fin, por el abigarramiento, que podría haberse salvado no dejándose llevar por el apresuramiento el señor Latcham, lo que es muy notorio, y el señor Roco del Campo poniendo una más aguzada selección literaria, a lo que de por sí estaba condenado a la deformación antológica. Con esto habrían ganado sus respectivos autores, robusteciendo sus labores intelectuales en que han dado innumerables muestras en otras empresas y habríamos tenido la antología hermosa y completa que Santiago se merecía.

Antes de terminar quisiéramos referirnos a las ilustraciones de estos libros, que dentro de los medios de que se dispone podrían haber sido más completas. Faltan en ambos siquiera la reproducción de algunos planos antiguos y una mayor exhumación de antiguas y hermosas imágenes del pasado de Santiago debidas a artistas, viajeros y nacionales.

Verdaderamente habría sido una gran contribución a la celebración de estas fiestas haber reunido los planos desde los más antiguos en un álbum general, como apuntaba tiempo atrás don Ricardo Donoso, e igualmente los grabados antiguos, es decir todo lo que forma la iconografía de Santiago, que es la portada o la antesala por donde se penetra al conocimiento de esta gran ciudad.—JOSÉ ZAMUDIO Z.

